

135383
1099/1264
C.1

Viernes 9 de Diciembre de 1921

OTRO NERVIOSO

El ambiente de nerviosidad que reina en las esferas oficiales, ha comenzado a hacer sentir sus funestas influencias aún sobre las naturalezas más sanas y robustas.

No lo decimos por el presidente de la Corte de Cuentas, confeso de la manía imperdonable de objetar los decretos ilegales.

Nos referimos al señor Arancibia, cuya constitución robusta y casi atlética, unida a un temperamento sanguíneo a toda prueba, parecía ponerlo a salvo de cualquiera influencia histérica.

Y sin embargo, el señor Arancibia, el Tigre, el Portales, - como lo llamaba hace tiempo una revista, - fué víctima el Miércoles de un verdadero accidente nervioso. Vió al perito calígrafo, señor Thayer Ojeda, y sin mediar provocación alguna de parte del respetable hombre de estudio, gritó, rabió, le apostrofó, le injurió, y terminó amenazándole darle de bofetadas y privarlo de su puesto.

¿La causa? No hay que preguntar la causa en esta clase de manifestaciones. En semejante estado de ánimo los hombres no racionan.

El señor Thayer Ojeda, poniendo todo el contingente de su talento, al servicio de la fama electoral del señor Arancibia, se ocupaba en ese momento de demostrar en forma fehaciente que la mayoría de las firmas estampadas en los registros electorales de Antofagasta eran falsificadas.

Si el señor Arancibia hubiera racionado, en vez de increparle duramente, le habría dado un abrazo enternecido.

¿Qué demuestra en efecto el informe del señor Thayer, sino que el señor Arancibia, el Generalísimo, el ganador de elecciones de la Alianza, obrando con una estrategia maravillosa, a pesar de sus escasas fuerzas, logró inferir una espantosa derrota a su adversario?

Ganar una batalla cuando se dispone de efectivos superiores, es cosa que está al alcance de cualquier general; ganarla teniendo menos tropas, es una hazaña.

Entendemos que en eso reside el mérito y la fama del señor Arancibia como caudillo político. Si no fuera capaz de ganar una elección teniendo la mayoría de los electores, no pasaría de ser un político lo mismo que cualquier otro.

¿Per qué entonces ofender al hombre que con su testimonio de imparcialidad irrecusable, ha cimentado sobre bases documentales y científicas la más pura de las glorias del Generalísimo?

Pero el señor Arancibia no ha racionado. Se ha dejado arrastrar por sus nervios excitados, y los nervios son malos consejeros.

P.